

ELISA COLL



NOSOTRAS VINIMOS TARDE

PRÓLOGO DE ALANA S. PORTERO



NOSOTRAS VINIMOS TARDE

ELISA COLL



Amor de Madre

— EDITORIAL JOVEN, FEMINISTA & LGBT+ —



Amor de Madre

— EDITORIAL JOVEN, FEMINISTA & LGBT+ —

www.editorialamordemadre.com

En Twitter: @AmordemadreEd

En Instagram: @AmordemadreEd

Título original: *Nosotras vinimos tarde*, 2023

Editora: Victoria Irene Borrás Puche

Ilustración de cubierta: Victoria Irene Borrás Puche

Composición y maquetación: Amor de Madre Editoras

© Elisa Coll Blanco, 2023

© de la ilustración de cubierta: Victoria Irene Borrás Puche, 2023

© de la presente edición: Amor de Madre, 2023

Editorial Amor de Madre, 29003, Málaga

1ª edición en Amor de madre: octubre de 2023

ISBN: 978-84-947043-8-3

D. L.: J 550-2023

Impreso en España

*A Teresa, por ser.
A Begoña, por haber sido.
A toda vuestra tropa, por hacernos de espejo.*

Y a mis amigos.

NOSOTRAS
VINIMOS TARDE

Prólogo

En un pasaje de *Nosotras vinimos tarde*, el libro que tienes entre las manos, la protagonista, el trasunto autoficcional de Elisa Coll, está a punto de morir en un accidente de avión, o eso cree ella. Ante tal trance, la que a esas alturas de la lectura ya sentimos como una amiga nuestra, es invadida por una suerte de fatalismo que la sitúa ante el final de su vida de un modo, si no calmado, al menos sereno, acepta que va suceder y le parece una forma de cerrar ciclos, atar cabos y terminar con las dudas que la asaltan continuamente; en medio de la agitación provocada por las turbulencias percibe el tiempo lento y, tras el inevitable repaso vital, los nombres, los rostros y la autoconfesión, decide buscar una última conexión humana, una última comunión, abrazando al pasajero que tiene al lado, un niño de unos ocho años que, vaya por dios, está ya en brazos de su hermano mayor, ese niño está ocupado y la protagonista se queda a medio gesto, confusa y avergonzada, convirtiendo esa última solemnidad en incomodidad, en una postrera forma de ridículo, en casi un meme, un haber si me muero literario que resulta uno de los fragmentos más descaradamente millennial que se puede escribir y una genialidad narrativa que ejemplifica,

en buena medida, el tono de esta narración, a medio camino entre el relato intergeneracional, el diario poético, el humor, un libro de elige tu propia aventura y un ensayo de activismo desencantado pero inquebrantable.

No es fácil superponer todas las capas que Elisa Coll ha usado para construir *Nosotras vinimos tarde* y hacerlo con tanta naturalidad. Una empieza leyéndolo y poniéndose cómoda como si fuese a ver una película casera filmada en super 8, o una sesión de diapositivas y la termina con necesidad de emprender un viaje en coche, de madrugada, escuchando a Florence con un moño mal hecho, de regreso a alguna parte, y llegar sincronizada con el amanecer para ser, por un momento, dorada.

Esta novela es, también, la historia de cómo nos enfrentamos a la fugacidad, una actualización del *carpe diem* que huye del entusiasmo depredador de la generación anterior a la autora, la mía, la que lo ha entendido casi todo mal, y aplica mucha ternura y un desasosiego suave y casi cálido al concepto. Ver el propio final o ser consciente de la mortalidad repasando la intensidad de las vidas de las otras, su camino, se despliega en la narración como una reflexión sobre los contextos históricos, la lucha de clases y la culpa, sobre el no hacer suficiente, sobre no ser suficiente y no saber cómo remediarlo, aunque la protagonista esté ahogada de implicación y nunca deje de comprometerse y actuar.

Es una mujer bisexual la que escribe, y esa posición es la de la expulsión constante, la del anhelo, la de la puesta

en duda, la de la frivolidad supuesta, la de un espectro hecho jirones que debe disculparse constantemente por adquirir textura, por reclamar espacio en el mundo de las cosas que existen a la luz del sol, de nuevo por intentar estar a la altura. Aquí la novela adquiere los ejemplos de fragilidad más hermosos porque ser una expulsada otorga un punto de vista privilegiado sobre las cosas, una forma de análisis guiado por la distancia que lo observa todo con agudeza de niña listísima e inocente. Elisa Coll narra sin ironía y esto engrandece el texto y sus ideas, no hay miradas esquinadas, ni juicios dobles, nos encontramos con una concatenación de personajes, genealogías e ideas que soportan un vistazo frontal, en el que no hay posibilidad de enmascarar o disimular problemas. Los pasajes críticos con las dinámicas activistas son duros y divertidos, una tensión que la autora maneja de forma admirable en todo el texto. La disección de cómo existen individuos capaces de arropar sus malos tratos con ropas de cuidados, deconstrucción o dominio de la jerga del activismo son demoledores y claros como el agua, entrando en terrenos casi ensayísticos que le sientan de maravilla al conjunto.

La violencia intragénero, que recuerda en alguna pincelada a *En la casa de los sueños* de Carmen María Machado, toma esa forma perfecta de enemigo vestido de seda y coloca a la protagonista, y a nosotras con ella, en una posición de incredulidad, inexistencia y borrado, que Elisa Coll nos narra con la sutileza de las cosas que

importan y que duelen, sin afectación pero sin faltar al compromiso con la verdad y sus detalles que lectoras y autora establecemos desde la primera página.

El no estar ni aquí ni allí que se presupone a las personas bisexuales encuentra una metáfora perfecta en cómo la protagonista vive, de alguna manera, entre Madrid y Barcelona, con el corazón y la cabeza transitando entre una y otra ciudad, no por indecisión o frivolidad, que sería el primer pensamiento adjudicado a la situación de esta bisexual en tránsito que somos tantas, el primer prejuicio, el constante; la mueven una huida y una búsqueda en parámetros muy claros pero que obligan a la fragilidad, al desnudo personal, y con ellos, a la incomprensión ajena. Este viaje es un viaje generacional del héroe, de la heroína, desencantada e incansable pero guiada por una esperanza conmovedora.

Si bien la soledad está muy presente en esta narración, la soledad dentro de una misma, el mundo interior que a veces puede ser un abismo, esta es, sobre todo, una historia de sororidad, de amistad y de genealogía. Las amigas de Madrid, que resisten mudanzas y celos, las de Barcelona, que acogen, aman y siguen sus propios caminos, acompañan este relato generacional como esa intimidad de soledades que es la amistad verdadera. Reconocerás las texturas de esos pisos compartidos, el olor, las mudanzas apresuradas con las cuatro cosas que las precarias acarreamos de un lugar a otro, los coches cargados de bultos yendo y viniendo, las cenas caseras y los vinos

mirando por la ventana esquivando las plantas que crecen como pueden en los poyetes. Y las risas, los abrazos, las confesiones, los “no puedo más”, el miedo, las lunas en piscis que ayudan a entender, el acompañamiento, los cuidados de verdad, sin depredadores merodeando, la auténtica y genuina sororidad. En personajes como Oli, Mar, Ángela, Ona, Yara y Gabi una ve a sus propias amigas, las que son y las que fueron, también nos reconciamos con la posibilidad de la fugacidad, de que las personas que nos sostienen y a las que sostenemos algún día no estén, o decidan no estar, y eso hace que las queramos más, que las abracemos más fuerte, que las apreciemos como estrellas que se nos cruzan en el camino.

Antes de terminar este prólogo y si no te has decidido ya, me reservo mencionar, quizá, al personaje más importante de esta novela, que al ser fuente de un precioso relato de genealogía, se convierte en tres: la feminista Teresa Meana -cuyo nombre vas a buscar en google al mismo tiempo que la protagonista-, que reúne en su testimonio la importancia de las que estuvieron antes, de ese amor en cascada que es la genealogía y con la que vas a recorrer un contexto histórico y social fundamental para comprender quiénes somos y dónde estamos; la planta cuarta de la comuna de viejas amigas y amigas viejas en la que vive, aquellarre doméstico de cuidados, intimidades difusas y compañía femenina que te va a romper el corazón porque si de verdad lo personal es político, pocas veces se ha contado mejor. Y La Santa Sebe, bar

que cofunda con compañeros y compañeras de juventud, centro del ambiente queer de la movida ovetense en los ochenta, casa y refugio de toda una generación de maricones, bolleras, bis, trans, comunistas, antifranquistas, niñas raras y modernas hartas de franquismo. Vas a descubrir una forma de contar una historia que va a incorporarse a tu estantería de los libros importantes porque tú, que sostienes este libro y estás leyendo este prólogo, eres una niña rara o tienes una cerca, o quizá te intriga la rareza, o por una vez en la vida vas a conceder un espacio en tu mesilla de noche a un libro protagonizado por una mujer, bisexual, precaria, feminista, que va a terapia a hablar del zodiaco, que es más lista que el hambre y más buena que el pan, que ama con la libertad de las expulsadas, las que no tienen coreografía emocional aprendida porque todo el mundo quiere bailar con ellas pero nadie quiere ser pareja de baile, con un amor inmenso y cuidadoso, que no quiere hacer daño pero sí dejar huella, inocente y desprejuiciado, divertido e intenso. Un amor narrado con las herramientas de la mejor literatura y con una estructura hermana de esa falta de prejuicios en el amor, libre, fragmentaria, juguetona y dramática. Tan hermosa, caótica y perfecta como una vida.

Que lo disfrutes.

Alana S. Portero.

En Le Marais, París, a 23 de septiembre de 2023.

UNO

¿Quién va a detenerte: la muerte, la edad o la idea?

Sara Hebe

Una niña bizca, con gafas gruesas y apenas una nubecita de pelo en la cabezota corretea hacia una alambrada oxidada. Al otro lado, un cervatillo la observa con cautela. La niña arranca un puñado de hojas de una planta y se las ofrece con fervor al animal, que da un par de pasos atrás. La niña comprende que ha actuado con demasiada vehemencia e intenta disimular su emoción, aparentar calma, pero sus ojos se encienden de nuevo cuando el cervatillo alarga el cuello para acercarse a las hojas que asoman por su apretado puñito. «Despacio, despacio», dice una mujer detrás de ella, acercándose desde un grupo de adultas que observan la escena desde la linde del camino. Lleva el pelo rizado y gafas finas de montura metálica, es larga como un junco y parece que está tratando de decidir a quién hay que proteger de quién. «¡Mira, Marga!» dice la niña, susurrando fuerte como para que el ciervo no la oiga. Marga le sonríe, pensando con cierta amargura en todo lo que su sobrina aún no sabe. Como que la mujer que observa la escena unos pasos más atrás no es su amiga, o que el ciervo puede oírla perfectamente.

Pauso el vídeo y mi tía queda congelada. Hace una semana que llegué a Barcelona y en vez de deshacer cajas me estoy dedicando a abrir la ristra de emails que me ha mandado mi padre con grabaciones de cuando era pe-

queña. Esto es algo que hace de vez en cuando, no porque cada cierto tiempo los repase en un arrebato de nostalgia, o eso creo, sino porque disfruta de clasificar absolutamente todo lo que tiene a su alrededor, y ahora tocan los vídeos familiares. Recuerdo cuando hace unos años decidió que la cinta de VHS estaba condenada a morir y resolvió darle el estacazo final convirtiendo todas las cintas de casa a formato digital. Tal vez ordenar el pasado es su excusa racional para visitarlo, o su manera de amoldarlo a su propia narrativa. No he querido preguntárselo. Busco a lo largo del vídeo un plano en el que se vea el grupito que había detrás de mi tía Marga aquella tarde de paseo por el monte. Reconozco a mi madre, que tendría la edad que tengo yo ahora. También veo a la novia de mi tía, que me fue presentada como su «amiga» hasta que, ya de adolescente, sumé dos más dos. Tuve que preguntarlo yo misma al detectar el manto de silencio que pesaba sobre el tema y, cuando lo hice, mi madre y mi padre compartieron una mirada nerviosa antes de responder.

Pero a quien quiero verle el rostro es a la cuarta mujer. Intento buscar un plano ampliado, pero no soy capaz de captar más que su espalda mientras mi tía le pasa el brazo por encima discretamente. Sé quién es. Lo sé y sin embargo no logro llegar hasta ella ni evocar el recuerdo de estar juntas aquel día. Por mucho que fuerce el rastreo en los recovecos mi memoria, no la encuentro por ningún lado. Tampoco en la pantalla. Paso los fotogramas uno a uno, pero es inútil: no consigo verle la cara a Teresa.

Creo que faltaba poco para que me pusieran el parche, pero hasta que llegó ese momento recuerdo que me encantaban mis gafas. Eran los años '90 y las gafas diseñadas para criaturas tenían la montura de plástico grueso con una goma elástica que rodeaba la cabeza. La montura de las mías era transparente y tenía dibujos de virutitas de colores pastel: rosa, amarillo, azul claro. Eran increíbles esas gafas. Me las quitaba como le había visto hacer a mi abuela, dejándolas reposar sobre mi pecho, sostenidas por la goma que no paraba de enroscarse sobre sí misma y que siempre iba llena de roña. Pero cuando llegó el parche, mi mirada perdió un punto de apoyo, también la que rebotaba sobre la cruel superficie de los espejos. Su reflejo me devolvía una parte de mi cara tachada, como en obras hasta que se arreglara. Y yo no era consciente de que hubiera algo que arreglar. De hecho, creo que no supe que ser bizca se considera un rasgo de fealdad hasta la llegada de ese parche color moqueta sucia. Vago, lo llamaban ojo vago. Yo me imaginaba a mi ojo derecho levantándose de un brinco y poniéndose a trabajar muy serio y ocupado, mientras el otro se mecía en una hamaca como el elefante de la canción. Ese pedazo de tela pegajosa y arrugada, estampada sobre mi piel, me recordaba que la mitad de mí se orientaba hacia donde no debía, que mi mirada estaba desviada y había que corregirla. Rápidamente aprendí que no quería ser bizca y dejé de luchar por quitármelo. Me daba pena el vago, condenado a trabajar por ambos hasta que aprendiera a mirar como es debido, pero tampoco quería que en el

colegio se rieran de mí por tener un ojo a la virulé. Así, cuando el parche abandonó mi rostro, volviendo a dejar pasar la luz y los colores de un mundo aún rebo-sante de misterios, sonreí encantada a la oftalmóloga que me felicitó por ser tan obediente. En el camino de vuelta a casa paramos en una cafetería para celebrar con chocolate y churros el triunfo de aquel proceso de rectitud: la vista al frente, hacia delante. Nunca más se le permitió a mi ojito perezoso la aventura de delizarse hacia donde nadie más miraba.

Cierro el vídeo, bajo la tapa del ordenador y me desplomo todo lo que puede desplomarse un cuerpo sobre un colchón que le es extraño. No he hallado a Teresa ni en estos vídeos ni en mis recuerdos, pero tengo grabada a fuego esa miradita, aquel silencio que se hizo cuando pregunté si la amiga de mi tía era en realidad su novia. En todo el vídeo apenas se tocan: ni mi tía, ni su novia, ni Teresa. Algún apretón suave en el brazo, me parece captar alguna mirada, lo he visto cien veces ya pero son solo destellos, sombras. Están moviéndose por el fondo, porque el vídeo se centra en la niña, pero están. Y yo no las vi. No supe hacerlo. Eso me hace sentir torpe. Tampoco me las mostraron. Una oleada de rabia y frustración acompaña siempre a la certeza de lo diferente que habría podido ser mi vida, nuestras vidas, de haberlas visto antes, de haberme arrancado el parche y haber pagado el precio de una mirada que fracasa. Se mueven, pero la lente las condena a ser parte del paisaje, difuminadas, pixeladas. No

habían cobrado forma propia hasta ahora, cuando por fin me he detenido a mirarlas.

El cervatillo sale corriendo y la niña lo observa impotente con su ojito torcido, agarrada a la alambrada con las hojas aún en la mano, por si vuelve.

Mar lloró cuando les conté a ella y a Oli que había decidido mudarme a Barcelona. Se lo intentó guardar, bajar de un trago la bola de piedra instalada en su garganta, pero yo se lo vi, porque son ya muchos años, y por todos lados le acabaron brotando las lágrimas. A mí se me partió el corazón, pero conseguí contener las ganas de recoger cable, de decir que aún me lo estaba pensando, que no era seguro. Me miró toda desbordada de incomprensión y después entornó los ojos para que no me sintiera culpable. Oli seguía inmóvil. Era una de las pocas veces en una década de amistad en la que me había visto incapaz de descifrar su cara. Su gato pardo subió al sofá de un brinco y apretó la cabeza contra los brazos cruzados de Mar. Oli lo acarició de forma automática, sin dejar de mirarme mientras yo terminaba de explicar torpemente mi decisión. El verano acababa de empezar y había ido a verlas a su piso antes de hacer un último viaje en mi desgastada furgoneta.

En el fondo creo que no les debería de haber sorprendido, con la temporada que llevo. Les veía las caras preocupadas en las videollamadas los primeros meses de encierro pandémico. Se lo notaba en la voz cuando me preguntaban y hoy qué tal y ellas también me lo notaban cuando les decía pues hoy normal. El primer día que

en Madrid se pudo salir, «solo a correr para hacer ejercicio», yo corrí a su piso. El plan de nuestro encuentro llevaba días urdido para que yo no tuviera que llamar al telefonillo ni nadie me descubriera. Teníamos preparada la excusa, la operación de entrega de llaves, el falsísimo atuendo de *runner* que nunca he sido. Y a las 19:59 estaba en mi puerta como un perro ansioso esperando al pistoletazo de salida, me daba igual hacer algo poco ético y me daba igual todo ya, cuando dio la hora corrí como no he corrido en mi vida. Corrí calle abajo, desesperada por no poder convertirme en una flecha, habría corrido gritando como una descosida, no sé si de alivio o de puro desgarró. Y cuando llegué y me abrieron la puerta solo me quedé ahí, temblando, incapaz de decir nada.

Tal vez por eso Mar no pudo evitar llorar silenciosamente. Porque no entendía por qué alguien que ha atravesado Madrid sin aliento para llegar a su casa, de pronto decide mover la suya a seiscientos kilómetros de distancia.

Yo no sabía cómo explicarles que me iba porque sentía que había fracasado.

Todos los planes que tenía previstos se habían ido a pique con la pandemia. Me quedé sin trabajo y sin proyectos, y el paro que había estado acumulando costosamente se esfumó mes a mes, mientras pasaba los días encerrada en una habitación que ya no sentía propia, en una casa que hacía tiempo que ya no era mi casa. Nunca me había sentido tan sola, tan perdida. Tanto que, cuando aquello terminó, ya todo había cambiado. Y pensé

que con el tiempo la angustia se diluiría, pero lo cierto es que seguía —sigo— agotada. No puedo arrancarme la sensación de que he vuelto a la casilla de salida y no me veo con fuerzas para hacer de nuevo el recorrido, ese recorrido que ya daba por consolidado. Desde luego, no en el mismo lugar. Por eso, para cuando pudimos salir a la calle aquel día, ya había buscado habitaciones de alquiler en tres ciudades distintas con salida a la costa.

Mar se levantó para buscar un paquete de pañuelos y Oli me cogió la mano. La guinda del pastel ha sido Vero, le dije bajito. Ella asintió y me acarició con el pulgar. Se estaba esforzando para no decir lo que yo ya sabía. Que si aún me dolía la ruptura, por qué me mudaba a la misma ciudad en la que vive la persona con la que acababa de romper. La miré, casi desafiándola a que lo dijera. Tenía la respuesta preparada, el listado de razones bien pulido en mi cabeza. En realidad, estaba deseando que me lo preguntara para poder explicárselo. No quería que pensara que me iba porque estaba persiguiendo a Vero. Me daba igual si lo parecía, no era así. Por fin la vi decidirse y coger aire y me tensé, preparada para el contraataque.

—Te voy a echar mucho de menos.

Las palabras que tenía listas para disparar en metralleta quedaron suspendidas en el aire, pasmadas, inútiles. Se me quebró el gesto al encontrar calor en vez de juicio.

Mar se acercó con cuidado y nos abrazamos las tres en silencio. Respiré y traté de memorizar aquel momento que siento como una casa.

En aquel último viaje antes de vender la furgoneta y mudarme a Barcelona, pasé por Valencia para visitar a mi tía Marga, a su novia, y a mi madre y mi padre, que estaban allí pasando el puente de agosto con ellas. Un día antes de llegar, mi padre me llamó.

Aquella fue la primera vez que oí hablar de ella.

—A la comida de mañana va a venir una antigua amiga de tu tía que tiene muchas ganas de conocerte, se llama Teresa Meana. En realidad ya la conociste de pequeña, pero no te acordarás. Es una activista feminista muy reconocida. Búscala en Internet, ya verás.

Aquel nombre ni siquiera me sonaba, así que, como excepción vital y sin que sirva de precedente, hice caso a mi progenitor y googleé a esa misteriosa amiga de mi tía. Me sorprendió ver que el primer resultado fue una página de Wikipedia, en la que leí: «Teresa Meana Suárez (Gijón, 1952) es una activista feminista española, docente y filóloga especialista en lenguaje inclusivo y no sexista.»

Una mujer mayor, de ojos claros y pelo corto y blanco sonreía con amabilidad desde la foto que aparecía junto al titular. El texto continuaba explicando que Teresa había sido profesora de lengua castellana de enseñanza secundaria toda su vida y que lleva militando en movimientos feministas desde 1975. «Se reunía clandestina-

mente con sus compañeras en la universidad y asistía a asambleas estudiantiles. (...) Durante seis años estuvo en América Latina (...). Viajó junto con otras mujeres (...) siempre recibidas, ayudadas y alojadas por feministas.» A esta información le seguía un largo párrafo que destacaba algunas de sus publicaciones y conferencias, para concluir: «Desde que llegó a Valencia, Meana participa activamente en la Casa de la Dona. En 2018 fue reconocida como hija adoptiva de Valencia por haber desarrollado su activismo en la ciudad con el objetivo de crear una sociedad más inclusiva, abierta y feminista.»

Pensé: Guau, qué vida tan emocionante y llena de logros. Pero también pensé: Huy, activista feminista y blanca de 70 años, ¿tendrá un posicionamiento de odio contra las personas trans? ¿Qué pensará de mí por ser bisexual?

Todo esto que pensé —y que arrastro conmigo por mucho empeño que le ponga a no ser una maldita prejuiciosa, porque la que se juzga duramente a sí misma acaba juzgando del mismo modo a las demás, o eso dice mi psicóloga, pero qué sabrá ella— se vino abajo con el primer abrazo que me dio Teresa en la soleada terraza de mi tía. Me abrazó como si llevara años sin verme, porque claro, es que llevaba años sin verme. Y al soltarme, empezó el torrente: Teresa habla y habla sin parar, y pregunta y pregunta sin parar. No es indiscreta, pero tampoco le importa serlo y la voz tan tierna que tiene contrasta con su descaro socarrón. Se había leído algunos de mis

artículos y le habían encantado, me contó que se había dado cuenta de algunos prejuicios hacia las bisexuales que ella y sus compañeras tienen como lesbianas y me los enumeró uno a uno, entusiasmada; me enteré de que, de joven, fue amiga de Amelia Valcárcel, pero que «ya no quiero verla ni en pintura, porque se ha vuelto tránsfoba y ha perdido totalmente el norte». Me hizo preguntas. A mí. Una activista histórica, mayor, que ha luchado en los años postdictadura, me preguntó cosas *a mí* para aprender *ella*. En lo que duró la comida, apenas nadie más pudo meter baza, aunque me pareció pillar a mi tía esbozando una media sonrisa al servirle a Teresa un segundo vaso de vino.

Cuando llegamos a la sobremesa, comenté que al día siguiente volvería a Madrid para recoger a mi amiga Ángela y viajar juntas unos días por el norte. Inmediatamente, Teresa nos invitó a visitarla a su pueblo de Oviedo. Nos podía dejar la casa e irse ella a la de una amiga, dijo. Yo no entendí por qué ella tenía que dejar su propio piso para acogernos como invitadas y le dije que no hacía falta, pero ella insistió y, sin hacer pausa alguna, saltó al siguiente tema de conversación.

Esa noche rescaté de la furgoneta *Como vaya yo y lo encuentre*, de Mar Gallego, y hurgué entre los pasajes que tenía subrayados. Algo me había movido en el encuentro con Teresa, pero aún no sabía el qué. De forma intuitiva acudí a este libro. Me obsesiona la forma en que Mar desempolva y defiende las historias que, por estar vincula-

das a lo cotidiano y a lo doméstico, no se han considerado dignas de recordar. Hojeé sin saber bien qué buscaba hasta detenerme en una frase que había subrayado en mi primera lectura del libro: «Algunas sentimos que, para que nuestra autoestima se repare, para que las identidades oprimidas sean protagonistas, tenemos que cambiar la mirada.» Esta última palabra estaba rodeada varias veces a lápiz, con el trazo rápido de la urgencia. «Y esto solo será posible cuando el libro de recetas de nuestra abuela sea colocado en la historia del saber al mismo nivel que una tesis académica».

Mi abuela nunca ha tenido un libro de recetas. Tampoco el reconocimiento de un trabajo remunerado, aunque haya pasado décadas deslomándose en casa. Tal vez por eso no se siente en potestad de dar su opinión o de contar una historia. ¿Qué valor tendría? Las mujeres menos vistas de mi familia son las que poseen los rasgos que más me arrastran hacia ellas. Pero estos son los rasgos de un camino sin salidas posibles al éxito, marcas de vergüenza a la que sobreponerse para demostrar quién eres *a pesar de*. Algunas palabras resaltaron en el libro aquella noche como si fueran a despegarse de las páginas y tomar cuerpo propio: autoestima, reparación, protagonistas. Mirada. Las sentí desmenuzarse en mi pecho como arena y formar otra que se retorecía, incomodándome como venía haciéndolo hace tiempo: fracaso.

La información disponible sobre Teresa Meana en Internet hace referencia a su activismo, sus charlas por

el territorio español y Latinoamérica, sus publicaciones, sus logros. Sin embargo, los relatos «cotidianos y ordinarios» no aparecen en su recorrido público, a pesar de haber marcado profundamente sus prácticas. Con quién vive, de qué manera, quiénes fueron sus amigas, sus amantes, cómo era su día a día, cómo sobrevivió a los desgarros o a las despedidas. Esa mañana de verano en la que consulté Wikipedia antes de ir a casa de mi tía, el relato sobre Teresa al que accedí fue un relato de éxito: que si ganó tal premio, que si dio tal conferencia. Y a partir de ese relato, asumí, saqué conclusiones que luego (sorpresa) resultaron no ser acertadas y me quedé con un vistazo superficial que, en realidad, no me servía más que para alimentar esta sensación tan aplastante de fracaso que llevo rato arrastrando.

Se supone que a estas alturas de la vida debería tener cosas que aún no tengo. Eso es lo que nos dijeron. Cierta solidez en mi recorrido laboral, estabilidad económica, la seguridad de saber hacia dónde me dirijo. Un plan. Y nunca he querido realmente la mayoría de estas cosas, porque estaba convencida de que encontraríamos una alternativa. Pero el tiempo pasa y esa alternativa no aparece, o no la hemos hecho aparecer. No tengo nada a lo que agarrarme y siento que es culpa mía por habérmelo creído. A mi alrededor, todo el mundo ha hecho su vida como ha podido: Oli y Mar viven juntas como pareja, Ángela está acabando el doctorado, y mientras tanto yo solo estoy fingiendo que sé lo que hago, esperando a que

se den cuenta del fraude que soy. Ni siquiera en soledad soy capaz de verbalizarlo, de posar las palabras sobre el discreto refugio que ofrece el papel. No puedo admitirlo, no podría porque es horrible. Me aterroriza la posibilidad de ser descubierta.

Respiré y seguí leyendo a Mar Gallego para ahuyentar estos pensamientos. «Al excluir los cuidados de nuestros relatos deseados de vida y convertirlos en mero atrezo, las excluimos a ellas como referentes y despreciamos lo que pasa en el orden de lo cotidiano». Recorrió mi pecho un hormigueo que ya conocía bien y que, desde hace un tiempo, me cuesta distinguir si es ansiedad o emoción. Pero no aquella vez. Saqué el móvil y escribí a Ángela. Teníamos que ir a ver a Teresa a Oviedo. Si en los relatos de su cotidianeidad podíamos encontrar algo de esperanza, algo que arrojara siquiera una mínima luz en esta angustia claustrofóbica, había que escucharlos. En mi forma de mirarla, de mirarme, había algo que me estaba perdiendo. No quería ir a ver a Teresa en una charla de una jornada de nosequé: quería ir a su casa y escuchar lo que le apeteciera contarnos. Quería escarbar y desenterrar con las manos lo que se me había movido ese día. Aparté el libro, apagué la luz y me acurruqué sin una pizca de sueño.

Antes de caer dormida, volvió a mi mente la luminosa imagen de Teresa aquella tarde, con un vino en la mano, partiéndose de risa por no querer ver a Amelia Valcárcel ni en pintura.

En Barcelona los mosquitos no tienen piedad. Muerden con mucha más saña que en Madrid, que de tan seca los asfixia, y como estamos en septiembre aún siguen todos vivos. Tengo un picazón en el muslo que empezó chiquitito, un pellizquín, al principio no me había dado ni cuenta. Me lo fui frotando inconscientemente y ahora el veneno se ha extendido y el bulto se ha agrandado. No he sido consciente hasta que se ha puesto del tamaño de una moneda y ahora es tan insoportable que no entiendo cómo no lo he visto antes. He pasado de no enterarme a estar completamente obsesionada con esta picadura a la que ya le está saliendo herida de tanto rascar. Rasco y rasco y rasco y cuanto más rasco más tardará en irse, pero no puedo parar. He buscado el amoniaco entre las cajas de la mudanza desordenándolo todo y cuando al fin he dado con él, el escozor me ha sacudido una pequeña descarga de punzante placer, pero el alivio solo ha durado unos segundos y rápidamente ha desaparecido. Ya no recuerdo cómo era sentir mi muslo sin esta sensación tan espantosa. Aunque sé que no es verdad, siento que se va a quedar ahí para siempre. Me tiene harta, no lo aguanto, no puedo disfrutar de nada sin notar su ardor insoportable, ni siquiera de romper a llorar. Le he dado una patada rabiosa a la caja e instintivamente he mirado

hacia la ventana por si alguien me ha visto hacer semejante estupidez.

La última vez que me sentí así fue de camino a buscar a Ángela a Madrid. Desde allí iríamos juntas al prometido encuentro con Teresa en su pueblo de Oviedo, la escapada final del verano antes de mudarme aquí. Un picotazo tremendo sobresalía de mi muslo como una diana en carne viva y a ratos conducía con una mano y me rascaba con la otra. Ángela necesitaba ese viaje como agua de mayo, porque entre el doctorado y haber vuelto a casa de su madre, tampoco tenía mucho tiempo para el ocio. Cada vez que sacaba algún rato libre, era vital aprovecharlo al máximo aunque, siendo como es ella, esto tampoco suponía nada fuera de lo habitual. Nuestros encuentros podían empezar con un paseo y terminar en un robo de libros en unos grandes almacenes. La habitual impenetrabilidad de Ángela, siempre sumergida en un mundo suyo del que Oli, Mar y yo solo atisbamos destellos, permitió desde el principio una conexión entre ambas tan intensa como improbable, un entendimiento mágico y divertidísimo. Su lenguaje es el de un silbido en otro rango auditivo y, si alguien puede sostener un silencio incómodo o mentir descaradamente para colarse en algún lugar prohibido, esa es Ángela. Cómo puede alguien parecer tan misteriosa y a la vez ser una mamarra sin ningún tipo de vergüenza es algo que escapa a mi comprensión.

Y, sin embargo, en mi errático recorrido por la península antes de ir a buscarla, estuve a punto de cancelar

varias veces. Llevaba ya mucho tiempo arrastrando ese saco de angustias cuando fui a buscarla. Agotada, entumecida sin admitírmelo, ni a mí ni a ella ni a nadie, y sin querer acercarme a esa verdad sepultada bajo horas de mirada clavada en la pantalla del móvil, de bajar y bajar por el feed de instagram como quien baja y baja cada vez más hondo en un pozo alumbrado por feos fluorescentes. Como no estaba oscuro, me quedaba ahí, aunque me dañara la vista. Y seguía bajando, sigo bajando, casi sin darme cuenta. Fotos de vacaciones, memes, vídeos, noticias desoladoras. No había sido capaz de decírselo, tampoco sabía cómo. Qué tendría que decirle exactamente. Desconozco cómo agrietar este muro que me he construido y que solo sé decorar con consignas huecas. Me escondo y me aferro a lo social para no tocar lo íntimo. Como lo personal es político, me refugio en lo político y me autoengaño afirmándome que cuenta como personal. Y no es que sea mentira, pero sé de sobra que estoy regando de más una parcela mientras las otras se marchitan.

A veces pensé en escribirle, en contarle cómo estaba antes de nuestro encuentro. Al fin y al cabo, ella tiene la luna en Piscis y sé que lo entendería, pero me paralizaba la vergüenza. No podría soportarlo si esta mudanza resulta ser otro error. Tampoco quería admitirle que, en el fondo, sigo con la esperanza de encontrar en Vero un sostén —el que sea— dentro de este nuevo comienzo en Barcelona. Me vale todo lo que no sea estar sola contemplando mis propias ruinas. La psicóloga me dice a

veces que no sé estar triste porque no sé estar quieta. La muy cabrona. Me habría gustado decirle a Ángela que en aquel momento, antes de ir a buscarla, no me podía permitir estar quieta ni mirar a ningún lugar que no fuera el frente y, como no le presté atención, el nivel del agua fue subiendo más y más hasta que, al llegar a su portal, el embalse estalló. Se desbordó. Y no tuve más remedio que parar y dirigir la mirada por primera vez a aquel abismo. Detuve la furgoneta frente a su edificio y rompí a llorar. Quisiera tenerla delante ahora y decirle: ahí fue cuando me encontraste, Ángela, al salir por la puerta con tu maletita rosa. Me encontraste y yo no podía disimular porque ya no me cabía la vergüenza en ningún sitio, pero tú nunca me pediste explicaciones, solo llegaste corriendo, abriste la puerta y me abrazaste fuerte.

Un par de días después, entramos en la provincia de Oviedo con la furgoneta trastabillando por la carretera. Según nos acercamos al pueblo de Teresa, instintivamente llevé mi mano al muslo para rascarme la picadura, pero mis dedos solo encontraron piel suave. Tanteé y arañé un poco con las uñas, intentando dar con esa familiar sensación de picor para poder aferrarme a ella, pero ya no estaba. Sentí el respingo de pisar sobre vacío. Había debido de desaparecer al menos hacía un día. No podía ser. Tan obsesionada que estaba y ni siquiera me había dado cuenta de cuándo se había ido. Aparté la mano del muslo y la coloqué sobre el volante, junto a la otra. Respiré, miré al frente. Ángela estaba absorta en sus cosas,

como hace a veces cuando está a gusto y se marcha flotando lejos. La vi por el rabillo del ojo observando el paisaje a través de la ventanilla. Y entonces percibí todo mi alrededor, el ronroneo del motor y los pequeños sonidos que lo salpicaban, el tintineo de los objetos colgados en la parte de atrás. Ante nosotras se abrió paso un bosque de abedules altísimos y en el cielo encapotado conseguí captar el último revoloteo de una bandada de pájaros que ya se habían ido. No le dije nada, no hacía falta. Suavemente, apreté un poco más el acelerador. La furgoneta desapareció, engullida por el bosque, dejando tras de sí un silencio lleno de posibilidades.